

La filosofía insistencial es un humanismo:
Aportes sobre la necesidad del pensamiento de Ismael Quiles ante una
actualidad corrosiva

Enzo Tomassone*
Universidad del Salvador
Argentina

Fecha de recepción: 25/06/2024 | Fecha de aprobación: 12/09/2024

“La existencia pierde su sentido si no se apoya en la in-sistencia. No solo pierde su sentido, sino que es imposible, casi diríamos metafísicamente imposible”.

(Quiles, 1991, p. 55)

Resumen: El existencialismo se ha caracterizado por describir al ser humano como arrojado al mundo y condenado a una libertad acuciante, sin una esencia que preceda a la existencia, y en el marco de un nihilismo fatalista. Pensadores más recientes, como Byung-Chul Han y Eric Sadin, por otra parte, agregaron a dicho panorama, el fin de toda posible acción común capaz de unir a los seres humanos ante la crisis descrita. Ante este escenario, la filosofía insistencial del padre Quiles se nos presenta como una posible salida.

Palabras clave: existencialismo, libertad, esencia, existencia, nihilismo, crisis, filosofía, insistencial

Abstract: *Existentialism has been characterized by describing the human being as thrown into the world and condemned to a pressing freedom, without an essence that precedes existence,*

* Enzo Tomassone es Licenciado en Estudios Orientales (USAL), Acompañante Terapéutico (ESPSyC), Operador Socio-terapéutico en Adicciones (ACE Morón) y músico. Sus intereses abarcan desde las grandes tradiciones espirituales hasta la filosofía contemporánea, pasando por cuestiones tales como el esoterismo, las mitologías comparadas y la obra de los poetas simbolistas. Correo electrónico: enzo.tomassone@usal.edu.ar

and within the framework of a fatalistic nihilism. More recent thinkers, such as Byung-Chul Han and Eric Sadin, on the other hand, have added to this panorama the end of any possible common action capable of uniting human beings in the face of the crisis described. It is in this scenario that the Insistive Philosophy of Father Quiles presents us with a possible way out.

Keywords: *e xistentialism, freedom, essence, existence, nihilism, crisis, Insistive Philosophy*

Existencialismo y filosofía insistencial

A lo largo de la historia de la filosofía occidental, el interés recurrente en la mayoría de los filósofos ha sido la búsqueda de los principios o fundamentos últimos del filosofar, ya que estos constituían los axiomas a partir de los cuales se podían construir teorías, modelos de conocimiento e, incluso, sistemas filosóficos. Entendemos, por lo tanto, que la Edad Antigua se caracterizó por considerar a la *physis* como fundamento, la Edad Media a Dios como fundamento, y la Edad Moderna a la “Diosa Razón”. Los fundamentos siempre otorgaron un sentido al desarrollo histórico de la humanidad y a la posibilidad de trazar horizontes temporales esperanzadores para el ser humano.

No obstante, en cuanto a lo que ocurre en la Edad Contemporánea, y esto es lo que realmente nos convoca en esta ocasión, se afirma comúnmente que ya no hay fundamentos, lo cual significa que, al no haber bases sólidas para la construcción de planteos teóricos que concluyan en teleologías, nos encontramos ante la ausencia de un punto de anclaje, pues estamos pendiendo ideológicamente ante el abismo de las no-certezas. La ausencia de una matriz configuradora de sentidos genera una imposibilidad en el avance hacia construcciones teóricas que puedan fundamentar el sentido de la existencia humana. De este modo, se comprende que, en el mundo en el que las verdades ya no son, se haga patente la noción de “post-verdad”. En tal sentido, se entiende que ante la muerte de los fundamentos o, en otras palabras, la muerte de Dios -que fuera anunciada en la obra de Federico Nietzsche-, comiencen a proliferar

pequeños relatos, pequeñas fuentes sustitutivas del sentido que buscan paliar la desesperación del ser humano ante el avance de los desiertos del nihilismo.

En este contexto, la filosofía de Martin Heidegger aborda el problema del *Dasein*, el ser-ahí, que se encuentra en estado de eyección al mundo y, por ende, en una paradoja, la cual consiste en que no es posible estar en un estado de arrojo si, al mismo tiempo, no existe un sí mismo esencial desde el cual partir. Esto sería análogo al contrasentido de ir de un lugar a otro, sin partir de una topografía de origen.

El problema del existencialismo heideggeriano, al cual el padre Quiles denomina “prescendente” es que, justamente, como su nombre lo indica, no se expresa explícitamente sobre la existencia de Dios. Heidegger (2014) no traza una dependencia de lo humano hacia lo divino ni se declara religioso, aunque tampoco niegue la apertura al misterio. Por esta razón, el padre Quiles (1988) denomina a la filosofía de Heidegger, “existencialismo de la angustia”, y construye una sólida base en torno a tres principios para argumentar a favor de dicha denominación. Estos principios son los siguientes:

1) La manifestación del *Dasein* como una existencia arrojada y abandonada en el mundo, situación que desencadena la angustia del existente humano, pues se torna imposible para él superar esta derelicción.

2) La posibilidad constante de elección, entre un destino personal (aunque, por lo general, incierto y sin definición clara), o una existencia inauténtica, detrás de la cual protegerse de la búsqueda genuina de horizontes.

3) La tendencia del *Dasein* a optar por la repulsa de sí mismo. Elige una “caída” dentro de la “caída ontológica” que abarca a la primera y opta generalmente por el universo de lo inauténtico, al tiempo que el *Dasein* se mueve en direccionalidad hacia la muerte y es acechado constantemente por la nada (Quiles, 1988).

Por otra parte, y respecto a la filosofía de otro pensador existencialista, Jean Paul Sartre, nos queda la reflexión, profunda y necesaria, de ver cuáles podrían ser las consecuencias en los planteos éticos, de una filosofía que no considera a los demás como partícipes de una dialéctica capaz de hacernos más cuidadosos y respetuosos para con nuestros entornos, sino que no titubea al afirmar que el sufrimiento (o el infierno), son los otros y que el ser humano es además una pasión inútil. En los prolegómenos de *El ser y la nada*, Sartre afirma que esta sensación, propia de la cristalización de la nada en el ser, conduce al existente humano a la catástrofe de sentir que un signo de expresión de la nada en la existencia es la náusea.

Jean-Paul Sartre también condena al hombre a una libertad ineludible, pero al desprenderse de los ideales de trascendencia, no coopera con una visión esperanzadora, sino todo lo contrario. De acuerdo con el padre Quiles (1988), la filosofía de Sartre solo puede conducirnos a una desesperanza, pues su ateísmo no nos vincula a lo eterno, sino que nos hace víctimas de la impermanencia. Al sacar de la centralidad a la *physis*, a Dios, y también a la Razón, nos queda una filosofía que prescinde de la esencia del ser humano y de toda fundamentación que nos ligue a un sentido de trascendencia.

Si bien hay un intento en Sartre por desprenderse de la metafísica, el filósofo francés instaura una filosofía que lo hace recaer en las categorías de las que intenta huir, lo cual deja en claro, que es imposible pensar por fuera de categorías metafísicas. En este sentido, el padre Quiles se pregunta al respecto:

¿Qué posibilidades hay para el hombre, para el individuo, dentro de este humanismo sin Dios y sin naturaleza? Solamente la muerte. O el suicidio, o morir en manos de la arbitrariedad y anarquía en las que han de moverse los demás individuos, los cuales con el mismo derecho se consideran sin naturaleza, sin normas y sin leyes.

En una palabra, el humanismo sin Dios y sin naturaleza no es ni siquiera humanismo, no es nada, se pulveriza como una contradicción. (1988, p. 191)

Ahora bien, vemos, en esta cita del padre Ismael Quiles S.J., cómo para el existencialismo sartreano aparecen dinamitados los puentes que unen al fundamento y al hombre con los múltiples aspectos de la ontología de la vincularidad. Ante la imposibilidad de lograr una ética, por la ausencia de un fundamento metafísico rector, encontramos a un existente humano sin lazos sociales significativos, carente de opciones más allá de la autodestrucción y, más aún, a un ser humano que siente repulsión ante su propia libertad, representada en la sensación de náusea — tantas veces explicitada en la obra literaria de Jean Paul Sartre.

La paradoja del pensamiento sartreano es que, al querer recuperar al hombre de lo que consistiría la acción por “mala fe”, lo termina expulsando a un sinsentido. Y es inobjetable que en nosotros existe una fuerza que nos impulsa a un perfeccionamiento constante, a una superación de nuestros límites, a un desarrollo y a un crecimiento que orienta, en lugar de desorientar, como lo hace el existencialismo ateo (Quiles, 1988).

La inexistencia de un fundamento metafísico conduce, por tanto, a una lógica en la que la teleología —es decir, el sentido de un devenir histórico—, se pierde para el hombre. De esta manera, las acciones conjuntas se desvanecen en una sociedad que deja de guiarse por aquello más sagrado en el ser humano. Una teleología sin impulso a lo alto solo puede tender al fracaso, tal como lo sostienen todas las tradiciones del Oriente, que han comprendido este punto, y propuesto formas de ascesis para el ser humano, con la finalidad de perfeccionar sus potencialidades y favorecer su crecimiento como personas y como miembros de la sociedad.

Si volvemos a considerar lo trascendente como fundamento, veremos que la filosofía insistencial — propuesta por el padre Ismael Quiles— se contrapone al existencialismo y permite al hombre ser en el seno de un ámbito divino. Con esto queremos decir que la in-

sistencia señala el paso a la consideración ineludible de una esencia que precede a la existencia y que confiere una dignidad innata al hombre. Por el hecho de estar en la trama del ser, la filosofía insistencial otorga valor a los individuos, quienes por eso mismo pueden perfeccionar lo que les es inherente y se encuentra en potencia. La relación del hombre consigo mismo es la de un nexo íntimo con su esencia, la cual es conferida en función de la relación del hombre con Dios. El verdadero humanismo, por tanto, afirma que dentro de lo contingente del plano de lo humano, y de las limitaciones que existen en el hombre, hay una afirmación de la propia razón dada desde el momento en que Dios crea al universo y al hombre con una naturaleza determinada.

Panorama de la actualidad

La filosofía insistencial no solamente responde al existencialismo de su época, sino que también puede contribuir como una salida al panorama filosófico de la actualidad. Actualmente, el capitalismo, para autores como Byung-Chul Han (2017), por ejemplo, ha avanzado de un modo tan eficaz, que ya no es necesario que un individuo sea coaccionado para dar información o para actuar. De este modo, la información se transforma en un conocimiento que, en términos de los estructuralistas franceses, es un saber-poder (*savoir-pouvoir*). Por ende, la cárcel es perfecta, puesto que el individuo ya no es esclavo de un agente de coerción externo, sino que es sumamente libre y pasa ahora a ser un esclavo de sí mismo.

Han (2017) sostiene que el sistema capitalista ha llegado a un desarrollo máximo y sin precedentes. El viejo sistema analógico de control se vierte sobre el individuo en una forma y modalidad en la cual lo único que les exige a los sujetos es la exaltación y la puesta en práctica de la libertad y positividad. Esto significa que el capitalismo ya no exige “desde afuera” al sujeto productivo y de rendimiento, sino que se ha incrustado en el individuo mismo y es, desde

la interioridad más íntima del sujeto, desde donde ejerce su función de dominación. La dialéctica que opera en el modo de dominación actual es impecable y consiste en un conocimiento de ingeniería social que se cristaliza en lo que este autor denomina psicopolítica. Diversas afecciones, como el síndrome del *burn out*, o los trastornos de hiperactividad, son un producto de la libertad absoluta del ser humano actual, la cual recae contra el individuo mismo, pues al no tener ahora que obedecer a una instancia superior, se autoproclama soberano de sí mismo y lleva su individualidad al extremo de autoexplotarse. Por ello, Han afirma que el ser humano ha caído en la crisis de las narraciones, pues los relatos ya no forman parte de la identidad común. Asistimos, por tanto, a una fragmentación de las identidades, en la que la cohesión social decrece abruptamente y da lugar a individuos aislados que buscan manifestarse, en un aturdimiento que se describe metafóricamente como el causado por el zumbido de un enjambre. La servidumbre, en estos términos, se vuelve totalmente voluntaria y, lo más grave aún, es que se convierte en una moda. Además, en caso de una adaptación, genera la “expulsión de lo distinto”, sin un registro de términos intermedios o matices. En palabras del propio Han (2017):

Los tiempos en los que existía el otro se han ido. El otro como misterio, el otro como seducción, el otro como eros, el otro como deseo, el otro como infierno, el otro como dolor van desapareciendo. Hoy, la negatividad del otro deja paso a la positividad de lo igual. La proliferación de lo igual es lo que constituye las alteraciones patológicas de las que está aquejado el cuerpo social. (p. 9)

Encerrados en sí mismos, los sujetos de las sociedades modernas se “autorrepresentan”, se “autoproducen” y se “autoconsumen”. La posibilidad de una ética que permita superar el propio ensimismamiento queda anulada y bloqueada por una continuidad de lo positivo, de lo carente de oscuridades y de espacios de alteridad. Por lo tanto, actualmente nos encontramos en una

situación, en la que incluso “el otro como infierno” -otrora descrito por la literatura sartreana-, es una caracterización que se anhela, puesto que la hiper positividad ya ha destruido hasta ese puente, hasta ese nexo de la ontología de la vincularidad.

Por otra parte, las conclusiones de Eric Sadin pareciera que no pueden evitar caer también en el pesimismo. La crisis que atraviesa el sujeto contemporáneo, desde su perspectiva, no tiene una raigambre exclusivamente en lo económico, lo social o lo político, como muchos analistas sostienen, sino que tiene un factor relacionado con el *ethos* de la condición de este sujeto, el cual opera ejerciendo la mayor influencia sobre los modos de vida que se presentan como posibilidades en la actualidad. Dicho *ethos* es el individualismo (Sadin, 2022).

En lo que respecta a la ontología de la vincularidad, más específicamente en lo que respecta al vínculo del individuo con sus pares, Sadin sostiene que los últimos doscientos años de la historia de Occidente llevaron al mundo a una forma de percepción de la realidad basada en el individualismo, el cual se transformó en la centralidad de la cosmovisión occidental. Por ende, atrás quedan los sistemas de creencias religiosas, que ligaban al hombre con lo sagrado. Actualmente, todo se conforma en relación con el ego. Es esta instancia del yo, la cual ocupa el nivel de máxima importancia, además existe un universo digital para ratificar al individuo en su lugar de divinidad y en su pedestal de “autoexaltación”. Ahora bien, la paradoja que resalta Sadin (2022) es que la multiplicidad de individuos en búsqueda de la glorificación personal conduce al mundo a una nueva era: la era tiránica del individualismo como criterio y fundamento de la existencia, en una sociedad que se desangra en la fragmentación. En este contexto, el mito griego de Narciso tiene consonancias muy significativas, ya que nos muestra cómo al embelesarse con su propia imagen, este pierde la vida. De igual manera, al tomar este mito como metáfora, el individuo contemporáneo y su “autorrepresentación” tienen como

consecuencia la disolución de los lazos sociales, así como la imposibilidad de un enlace real entre cada individuo y los otros.

Por ende, si no existe la posibilidad de una acción común, nos encontramos ante el fin de toda revolución, tanto material como ideológica, puesto que las revoluciones no se llevan a cabo por individuos aislados. En tal sentido, si no existe la posibilidad de revolución, pues tampoco se podrá revertir el orden hegemónico de dominación establecido y, en consecuencia, las utopías serán solo palabras o imaginaciones distantes en el espacio-tiempo. Sadin expresa con claridad que atribuir la problemática actual a un factor economicista sería un reduccionismo insalvable. Una panorámica de nuestra época nos remite a un individualismo en el que el otro ha desaparecido como punto de referencia y como instancia dialógica capaz de llevarnos a la iluminación o a una ascesis como sucedía en el pasado.

Conclusión

Cuando el padre Quiles (1988) utiliza el prefijo “in”, en el término insistencia, se refiere a la esencia del hombre, pero siempre remitiéndose a un fundamento sagrado en el que el hombre es. La existencia de Dios se resuelve por una dilucidación de sus atributos y de su naturaleza. Estos factores son los que incrementan la posibilidad de religar al hombre con lo divino. La dependencia respecto al fundamento, que es más bien una clara independencia de los sucedáneos de la libertad, lleva al hombre necesariamente a una aspiración más alta, en la cual sus fuerzas cobran un sentido que no se pierde en el maremágnum del nihilismo. Solo desde este punto en el espacio y el tiempo, es posible reconstruir el sendero del yo hacia los otros, la comunidad y, por ende, hacia la historia.

Referencias

Han, B.C. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Herder.

Quiles, I.S.J. (1988). *El existencialismo: Sartre, Heidegger, Marcel, Lavelle*. Ediciones Depalma.

Quiles, I.S.J. (1991). *Cómo ser sí mismo*. Ediciones Depalma.

Sadin, E. (2022). *La era del individuo tirano. El fin de un mundo común*. Caja Negra.